

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA CON MOTIVO DE SU VISITA A LA DIÓCESIS DE CAMAGÜEY

Catedral de Camagüey, 29 de enero de 1995

Excmo. y querido Sr. Obispo de Camagüey, Mons. Adolfo Rodríguez, queridos Sacerdotes, Diáconos, Religiosos y Religiosas, queridos hermanos y hermanas.

El Nuevo Cardenal cubano visita esta ciudad de Camagüey, sede episcopal de la Diócesis donde nació el primer Cardenal cubano Manuel Arteaga y Betancourt, de ilustres apellidos camagüeyanos y de innegable raigambre patriótica. Con el nombramiento de aquel primer cardenal cubano, el Papa Pío XII concedía a Cuba un sitio de honor en el Colegio Cardenalicio, exaltando de modo singular a la Iglesia en Cuba y a nuestra nación, pues fue el Cardenal Arteaga uno de los primeros cardenales de Latinoamérica.

En su mensaje al 1er. Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en La Habana los días 22, 23 y 24 de febrero de 1947, el Papa Pío XII explicaba por qué había incorporado a un cubano al Colegio Cardenalicio:

«... hace ya años que en vuestra Patria retoña una prometedora primavera de las almas, primavera que nosotros mismos hemos querido acelerar y decorar, haciendo lucir en medio de vosotros, por primera vez, la brillante rosa de una púrpura romana llamada a ser ornamento de su Patria, de las Antillas y de toda la América Central».

La motivación del Papa tenía que ver entonces con la vitalidad de la Iglesia cubana. Pero una preocupación embargaba el alma del Pontífice: *«Todos ustedes –decía el Santo Padre– se sienten orgullosos de haber visto la luz, como alguien felizmente dijo, en la 'tierra más hermosa que ojos humanos vieron' y den gracias a Dios por ser hijos de la Perla de las Antillas.*

Pero, precisamente en esta placidez y suavidad en el vivir, en esta perenne y casi irresistible sugestión de una naturaleza luminosa y exuberante, en esta prosperidad alegre y confiada, se esconde acaso el enemigo; por el tronco airoso de vuestra palma real, que el suave soplo de la brisa hace cabecear con donaire, nos parece ver que peligrosamente se desliza la serpiente tentadora: '¿Por qué no comen? les dice.' –'Serán como dioses'. Y si todo el esplendor de esa poderosa atracción puramente natural no se compensara con una vida sobrenatural, potente y robusta, la derrota sería cierta».

Han pasado casi cincuenta años de aquellas constataciones y predicciones del Papa de entonces, y después de ese tiempo nosotros miramos hoy como pasado aquel futuro que Pío XII describió sombrío en lo tocante a la fe y hacemos también nuestras constataciones con respecto a la Iglesia y los católicos cubanos que han venido enfrentando el reto de unos tiempos difíciles para la difusión del Evangelio y su misma vida de fe.

Escuchemos en esta ocasión también la voz del sucesor de Pedro, ahora el Papa Juan Pablo II, en su alocución dirigida en audiencia especial al nuevo Cardenal cubano y a los Obispos y demás católicos de nuestro país que peregrinaron con él a Roma: Como lo hiciera Pío XII, Juan Pablo II explica claramente por qué ha designado un cardenal en Cuba. Dice el Santo Padre: *«He querido dar también una prueba de mi afecto por esa noble y querida nación, poniendo de relieve los afanes y proyectos de esa Iglesia local que vive, sirve y siembra el amor en Cuba».* Una Iglesia cuyo andar el Papa describe como *«no exento de sufrimientos y esperanzas».*

También alza el Sumo Pontífice su mirada hacia el futuro al decir que el hecho de tener Cuba un Cardenal es «un patrimonio y un don, un signo de aprecio que, sin duda, conducirá a todos, jerarquía y fieles, a confirmar su gran amor a la Iglesia, a estimular la generosidad en el servicio a la misma... para llevar adelante la nueva evangelización. Esto –continúa el Papa– podrá dar más vitalidad a las comunidades católicas, que, bajo la guía iluminada y sabia de sus pastores, están llamadas a ofrecer su contribución para que Cuba camine siempre hacia el progreso integral de sus ciudadanos, superando las dificultades que agobian tanto a ese querido pueblo».

Las palabras del mensaje radial del Papa Pío XII durante el Congreso Eucarístico poco tiempo después de ser nombrado el primer Cardenal cubano, estaban dichas en un marco de aparente bonanza y apuntaban hacia un futuro incierto y riesgoso para Cuba y para la Iglesia.

Las palabras del Papa Juan Pablo II al segundo cardenal cubano son pronunciadas en tiempos difíciles para nuestro país y para la Iglesia en Cuba, pero dejan entrever una aurora de esperanza.

La historia católica de Cuba no comenzó ayer. Es más, la Iglesia está ligada al nacimiento mismo de la nación cubana.

La vida de la Iglesia, en nuestra cultura cubana, ha estado ligada siempre a la vida civil, social de sus pueblos y ciudades. Los templos, ubicados en el centro del núcleo urbano fundacional, han hecho de la Iglesia parroquial el cruce de camino de muchos hombres y mujeres del campo o de la ciudad. Este es el lugar donde la gran mayoría viene a bautizar a sus hijos, donde rezan por sus difuntos o acuden en los momentos de penas y alegrías.

Las campanas de la Iglesia han marcado la vida de muchas generaciones. Sus campanarios han sido el faro simbólico que ha orientado a muchos cuando se han sentido perdidos.

Hoy vemos esa acción de la Iglesia en medio de nuestros pueblos y ciudades, de este modo: una Iglesia que llama a los corazones de los cubanos como lo han hecho siempre sus campanas y que encuentra oídos atentos que se vuelven hacia ella para reencontrar el camino de la fe. Muchos hermanos nuestros en Cuba miran hacia la cruz alta y orientadora de la Iglesia en busca de una señal que les indique que Dios está aquí, que el Dios de nuestros padres y de nuestros abuelos no nos ha dejado nunca, aun si nosotros nos alejamos de Él. Porque en Cuba se produjo un extrañamiento aparente entre la fe católica tradicional de nuestro pueblo y su vida en la sociedad.

En su normal evolución, el mundo moderno crea estructuras nuevas. Además de oírse las campanas de la iglesia del pueblo, se escuchan también los altoparlantes o los radios que pueden acompañarnos a cualquier lugar. En las grandes ciudades, los campanarios de las iglesias no son las torres más altas de la ciudad, sino los edificios de muchos pisos. Este cambio de paisaje cultural debe producir un ajuste de los modos personales y comunitarios de vivir la fe cristiana. Hoy la madre de familia puede ser una profesional o trabajadora y no solo estará en casa dedicada a labores manuales y a la atención del hogar. Aunque esta evolución cultural implica un desafío para las formas tradicionales de expresar y vivir la fe católica, las nuevas generaciones son capaces de prepararse para, también de un nuevo modo, en total fidelidad a Cristo y a su Iglesia, vivir el evangelio con toda seriedad y en plena sintonía con el mundo que nos rodea.

Pero entre nosotros, cubanos de estas últimas generaciones, se ha producido algo más que un rompimiento cultural con respecto a la fe católica que es generado por la simple y normal evolución que se ha dado en el mundo, sobre todo en este siglo XX que casi termina.

La fe del cubano ha sido sometida a la dura prueba del silencio sobre Dios, del rechazo de la misma fe como un elemento anticientífico, retrógrado e innecesario para la vida y esto al mismo tiempo que desaparecían nuestras escuelas y centros de formación y quedaba trágicamente disminuido el número de sacerdotes y religiosas, sin que, por otra parte, tuviera el mensaje cristiano la posibilidad de alcanzar la prensa escrita, la radio o la televisión. Las fechas religiosas que significaron algo en la vida del pueblo desaparecieron como días que se conmemoraban también civilmente y ni siquiera señalados en los almanaques. La Navidad del Señor, la Semana Santa, el día de los fieles difuntos, la Fiesta de la Virgen de la Caridad, Nuestra Patrona, se han mantenido como celebraciones privadas. Y lo peor de todo, un temor casi patológico se metió en el corazón de la gente. Temor a no ascender en la escala social, a no obtener un buen empleo, temor al trauma psicológico que podría producir en el niño el hecho de ir a la iglesia y ser cuestionado en público sobre su fe. Temor a que no pudiera estudiar en una buena escuela o a que arrastrara en su expediente una «mancha» que le haría daño para toda su vida. Temor a bautizar a sus hijos, a entrar en una iglesia, a decir incluso el nombre de Dios. Del vocabulario desaparecía el «si Dios quiere» o el «gracias a Dios». Ha parecido cumplirse inexorablemente la palabra profética de Pío XII.

Hoy, muchos de los hombres y mujeres que vivieron dolorosamente estos conflictos, que se alejaron ellos de la Iglesia y no bautizaron a sus hijos, que ni siquiera les hablaron de Dios en sus casas... (y en esto habría que hacer la salvedad de las abuelas, que lucharon por mantener encendida la llamita de la fe en el corazón de sus nietos y de sus mismos hijos) ... Hoy, muchos de aquellos, repito, que callaron, ocultaron, disimularon su fe, nos dicen: ¿Cómo pude yo no bautizar a los niños?, ¿cómo pudimos nosotros vivir como si Dios no existiera? Algunos regresan con verdaderos complejos de culpabilidad.

Esta es una de nuestras culpas nacionales de las cuales todos debemos arrepentirnos: quienes por debilidad entraron en el gran silencio acerca de Dios y quienes impusieron tan dura carga a las conciencias de la gente.

No recuerdo todo esto para ahondar en heridas aún abiertas, sino porque es necesario que todos reflexionemos de modo que algunas de esas actitudes, parcialmente superadas, no perduren ni en unos ni en otros, para que en breve tiempo podamos hablar en pasado absoluto de ellas.

Y no podríamos, en una celebración como esta, tener la intención de imputar culpas, porque el pan que compartimos en la Santa Eucaristía es Cristo que da su vida por la multitud, sin excluir ni aun a aquellos que lo llevan al suplicio, a quienes perdona porque no saben lo que hacen. Esta solemne oración de la Iglesia es una gran invitación al perdón, a la reconciliación, al amor.

Hay, además, otra razón para que el amor sea exaltado en un día como hoy por nosotros, cubanos.

En el día de ayer conmemoramos el nacimiento de José Martí, heredero indiscutible del pensamiento cristiano, que erige el amor como cima de su obra literaria y patriótica, el amor que le hace cultivar rosas blancas para los amigos y enemigos.

Un amor que el apóstol de nuestra independencia considera como instrumento privilegiado para comprender la vida, la historia y el hombre mismo, que es para él una especie de sentido exclusivo del corazón humano para percibir la realidad: «es *el amor quien ve*»..., sentenciará el Maestro.

Es consolador saber que el artífice de la libertad de Cuba, aquel que plasmó con su pensamiento el contorno y el talante de la Patria, al desplegar su misión de aunar voluntades para alcanzar la libertad de nuestra nación, lo haya hecho como un abanderado del amor. Por eso, en este año en que se cumple el centenario de su muerte, todo cubano tiene que examinarse sobre el lugar que ocupa el amor en su relación con la Patria. Amor que Martí sembró como semilla en la tierra cubana. Patria regada con su propia sangre.

Dejemos la palabra al Maestro que habla de su siembra: «*Todos los árboles de la tierra se concentrarán al cabo en uno, que dará en lo eterno suavísimo aroma: el árbol del amor de tan robustas y copiosas ramas, que a su sombra se cobijarán sonrientes y en paz todos los hombres*».

Queridos hermanos y hermanas: En esta etapa de nuestra historia nacional tenemos que redescubrir esa fuerza bienhechora del amor que al decir de la 1ª Carta a los Corintios, «*no lleva cuentas del mal, se goza con el bien, todo lo aguanta, todo lo espera*».

Ese amor que, en palabras inspiradas de Juan, ahuyenta el temor, porque dice el evangelista, donde hay amor ya no hay sitio para el temor.

Lamentablemente, la fe cristiana ha sido vivida entre nosotros en décadas recientes en un clima de temor y de silencio acerca de Dios. ¿Será también por eso que parece ahora menos palpable el amor?

Pero la comunidad católica de Cuba ha entrado en una nueva etapa de su vida de fe. Y no es nueva porque haya un cardenal cubano, sino al contrario: hay un Cardenal en Cuba porque la Iglesia, con pasos firmes, comenzó a andar por nuevas sendas de mayor empuje evangelizador, con un compromiso creciente de los laicos, dejando atrás temores e inhibiciones, con el consiguiente crecimiento del número de los católicos activos y un aumento gradual y sostenido de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, mientras la voz de sus obispos es tenida en cuenta por muchos cubanos que la aprecian y esperan. Es este caminar el que ha querido confirmar el Papa al nombrarme para integrar el Colegio Cardenalicio. ¡Qué gran responsabilidad, en esta hora de la historia de Cuba, encarnar esta etapa nueva que inicia la Iglesia en nuestro país!

Detrás de esta renovación de la Iglesia en espíritu y en métodos está el Encuentro Nacional Eclesial Cubano y su fructífera etapa de preparación, pero todos hemos asistido a un despertar de la fe que ha sido verdadero don de Dios.

En efecto, al miedo, a la parálisis, al lóbrego silencio sobre Dios, ha sucedido un movimiento de búsqueda, de acercamiento, donde se manifiesta una apertura de los corazones a los valores del espíritu a las tradiciones cristianas, al mundo de la fe.

Los factores históricos, políticos o sociales influyen, evidentemente, en este renacer de la fe, pero no hagamos simplificaciones que son siempre superficiales. Es frecuente que los periodistas extranjeros me pregunten si el despertar religioso en Cuba coincide con el «período especial» y su secuela de carencias materiales. Siempre respondo lo que es cierto: la búsqueda de sentido a la vida, el reencuentro del mundo del espíritu, comenzó en

nosotros antes de esta etapa. A veces, sin quererlo, muchos siguen pensando en clave materialista y buscando solo causas materiales a problemas de una gran envergadura humana, olvidándose que *«no solo de pan vive el hombre»*.

No, no es una carencia material la que determina una andadura humana y espiritual de esta índole. Es la misma insuficiencia de las propuestas materialistas, es la soledad interior del ateísmo, es el vértigo existencial que produce el vacío de los corazones si de algún modo no se vuelven a Dios. Durante este tiempo de aparente ausencia de Dios, misteriosamente, Él se ha hecho presente y como el niño le pregunta en la oscuridad a su padre o a su madre, *«¿estás ahí?»*, así millones de cubanos lanzaron esta pregunta angustiada y, paradójicamente, transida de esperanza. Y en medio del terrible silencio acerca de Dios se oyó una voz perenne que gritó más fuerte que nunca: *«no tengan miedo»*, *«yo estaré con ustedes siempre hasta el fin del mundo»*.

De nada nos hubiera servido tener a nuestra disposición todos los medios de comunicación del mundo si los corazones de los cubanos se hubieran endurecido o permanecieran fríos.

Y este actuar en los corazones es solo de Dios. Ha sido un don del Señor que ha manifestado la acción del Espíritu Santo en el alma del cubano. Esto ha sucedido en muchos casos por la mediación de la Madre que convoca y congrega, que nos indica que hagamos lo que Jesús nos diga: la Virgen Santísima de la Caridad.

Queridos hermanos y hermanas: Dios está presente en nuestra realidad cubana actual por ausencias, por búsquedas, por insuficiencias o sufrimientos. El reclamo de una religión que llene tantos espacios vacíos se hace sentir en muchos hermanos nuestros que piden la Biblia para conocer algo de Dios, quieren tener un catecismo para aprender a rezar y miran con simpatía a la Iglesia, pero Jesucristo debe ser anunciado, porque para muchos cubanos no es aún conocido.

Esa es la misión de la Iglesia, así debemos andar hacia el año 2000 de la era cristiana, si no queremos que esa sed de Dios y de vida espiritual que vemos en nuestros hermanos en Cuba hoy se desvíe por caminos torcidos, hacia el folclorismo religioso, hacia las sectas, hacia la superstición. Es fácil que la falta de una verdadera fe religiosa lleve a los pueblos a expresiones superficiales y falsas de religiosidad. El Padre Félix Varela, el primero que nos enseñó a pensar, decía que el pueblo cubano tenía como defectos la superficialidad y la superstición.

Ambas cosas están íntimamente relacionadas. No hay peligro mayor para que la auténtica fe religiosa naufrague en su expresión y en su influjo real en la vida de las personas y de los pueblos, que hacer de ella un revestimiento superficial, sin contenido profundo, sin un cambio sustancial en las vidas de quienes se manifiestan como personas creyentes.

Solo en el seguimiento de Cristo, Camino, Verdad y Vida, puede hacer el hombre la experiencia de la verdadera libertad. Solo Cristo conocido, aceptado, amado, puede liberarnos de los temores a las cosas terrenas o sobrenaturales y restituirnos la verdadera dignidad humana, la que es propia de los hijos de Dios, la que debemos descubrir y favorecer en cada uno de nosotros y en los demás.

Es necesario que el camino recorrido por nuestro pueblo de cara a la fe religiosa se consolide en el futuro inmediato. Haber dejado atrás en gran medida el temor, el disimulo o el ocultamiento con respecto a la fe, ha significado un verdadero proceso de liberación

interior para muchos hermanos nuestros. Alcanzada esta alentadora posibilidad, el momento actual se nos presenta como un tiempo para la consolidación de la vida eclesial. Es la hora de la responsabilidad del laicado para que la nueva evangelización lleve a nuestra Iglesia, como portadora de Paz, de reconciliación, de renovación espiritual en el seno del pueblo cubano, hasta los umbrales del año 2000.

Consolidar la vida eclesial quiere decir que la Iglesia, replegada sobre sí misma, que conserva su identidad al mismo tiempo que cultiva una conciencia paralizante de no poder hacer nada, se transforma en una Iglesia que se sabe enviada por su Señor para dar una buena noticia a nuestro pueblo, en otras palabras, para anunciar el Evangelio de Jesucristo, muerto y resucitado, que sustituye la antigua actitud adquirida de una Iglesia que «no puede» por otra fundada en la fe, de una Iglesia que puede ser misionera, que puede catequizar a sus niños y adolescentes, que puede manifestar claramente su fe, que puede tener un Cardenal, que puede recibir un día, ¿por qué no?, la visita del Papa Juan Pablo II.

Resumiendo, una Iglesia de la esperanza, que siembra la esperanza en el corazón de nuestros hermanos. Que conoce, ama y sirve a su Señor y presta a la sociedad entera el servicio que le es propio. Los discípulos preguntaron a Jesús cuál es el trabajo que Dios quiere de nosotros. Respuesta de Jesús: que conozcan al Padre y a su enviado Jesucristo. Esa es la tarea propia de la Iglesia, dar a conocer a Jesucristo, de ella deriva su capacidad de animar la vida familiar, su acción educativa y social, su poder para convocar a todos a la reconciliación y al amor fraterno.

Hay muchas miradas sobre la Iglesia desde distintos ángulos: imaginemos la manera de apreciar el número de personas que acuden, por ejemplo, a un Santuario, por parte de quienes, ubicados frente al lugar, venden objetos religiosos. Será una mirada de interés económico. Se regocijarán de que haya mucha gente porque vendieron más. Puede haber una mirada política sobre la Iglesia. Una periodista extranjera que me entrevistaba para la T.V. de su país, dos días después de conocerse que sería nombrado Cardenal, me hizo, como primera pregunta, la siguiente: ¿Cree Ud. que el mercado agropecuario indica que en Cuba han comenzado los cambios?... Le respondí que esperaba que me preguntara primero sobre el significado de un Cardenal para la Iglesia en Cuba, sobre el número de jóvenes que se acerca a la Iglesia para pedir los sacramentos de la iniciación cristiana, sobre las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada y la vitalidad de nuestro laicado.

Queridos hermanos y hermanas: puede haber muchas miradas sobre la Iglesia, pero la mirada de la Iglesia está puesta en Jesucristo y nadie debe intentar desviar nuestra vista ni a un lado ni al otro. Una Iglesia fiel y unida en Cristo ha podido subir en Cuba la cuesta a veces penosa de nuestra historia. En la esperanza continuamos nuestro ascenso, sostenidos en la fe y en nuestros esfuerzos por la Virgen de la Caridad nuestra Madre. A Ella le confiamos esta nueva etapa de la Iglesia en Cuba, que es de consolidación y crecimiento, de evangelización que promueva los valores humanos y cristianos.

Para este quehacer que Dios bendiga al querido hermano Obispo de esta Iglesia de Camagüey y a sus sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, que Dios bendiga a todos los camagüeyanos.